

gran parte de su vida en escuelas especiales. Allí reciben una educación particular, tanto mejor cuanto más se ajusta a la misión que les toca, es decir, a la guerra. Naturalmente que de tal enseñanza resultará la glorificación de todos los asesinos de hombres, el encumbramiento de los grandes conquistadores y, como consecuencia ineludible, de todos los actos que sin falta acompañan a las conquistas, combates y batallas.

Estos aspirantes al militarismo viven en una atmósfera especial, en donde aparece ante sus ojos, como el único fin de todos sus esfuerzos, la imitación de los célebres bandidos de la historia. Anibal, Cesar, Tamerlan, Gengis-khan, Carlo Magno, Wallenstein, Tilly, Condé, Turena, Maurice de Saxe, Bonaparte y su tropa de generales, Moltke.....les parecerán envidiables por las ilustres acciones que han cometido.

El candidato al oficio de las armas, vive completamente sumido en el mundo de todos estos degolladores de pueblos y de aquí se va formando en su mente la concepción de una superioridad ilimitada de estos hombres sobre el resto de los humanos. Por esta educación apropiada al militar profesional, espuesto como todo ser humano a la imitación natural de los demás, siente impulsos que lo arrastran a imitar a sus heroes en el estado de guerra y mantener también sus maneras de obrar en tiempo de paz. Es cierto que el medio social obra sobre esta tendencia para refrenar tales impulsos. De aquí resulta que estos impulsos por su naturaleza son en la paz idénticos a los de la guerra, pero siempre menos intensos y de formas variadas, según el estado cerebral de cada individuo.

“Cada uno de nosotros, escribe Mr. Mirandon de Montyel, lleva en su cerebro a un criminal que duerme y